

Año 5
Número 6
Verano 2018

Revista de Políticas Sociales

Los laberintos del consumo juvenil

Victoria Johana Alfonso

Graduada en la
Licenciatura en Trabajo Social,
UNM

vicky_1086@hotmail.com

Los relatos de los jóvenes constituyen la puerta de acceso a los significantes juveniles que permiten contrastar de qué modo subsisten en el imaginario social los modelos de prevención que históricamente se desarrollaron vinculados al consumo, delineados con la mirada puesta en el usuario.¹ Estos modelos no se concentraron en promover información de las sustancias y sus efectos. Por el contrario, ponían énfasis en la muerte como único camino al que iba a llegar el usuario, sin marcar los aspectos sociales, culturales, afectivos y económicos que atraviesan a la problemática de consumo. De este modo, el usuario era considerado como un enfermo cuya conducta desviada lo enmarcaba como sujeto peligroso para la seguridad pública, y sobre el cual se debía ejercer control social en el ámbito de lo sanitario y de lo punitivo. En la actualidad, se continúa reproduciendo la creencia que relaciona al consumidor como enfermo, situando al sujeto en un lugar pasivo, irresponsable e irrecuperable. Estos preconceptos dan cuenta de su marginalización y estigmatización.

El consumo de sustancias, legales e ilegales, se nos presenta como una problemática compleja. Podemos entenderla desde un lugar que permita explorar el proceso desde la dimensión histórico-social, sin perder de vista las particularidades que presenta cada población. Siguiendo a Mariana Chaves (2009), "los jóvenes hoy se expresan en diferentes ámbitos, llevar a cabo un estudio sobre sus sociabilidades, sus formas de agruparse y lo que hacen en su tiempo libre cobra importancia a la hora de comprender las prácticas juveniles". Es objeto del presente texto analizar la modalidad de consumo que mantienen los jóvenes, con el fin de promover a la superación del pensamiento que asocia a la juventud con el consumo abusivo y la supuesta e inevitable actitud delictiva que entablan los jóvenes, según el discurso que promueven medios masivos de comunicación.

¿Cómo se relaciona el sentido que le atribuyen los jóvenes entre 16 y 18 años a las sustancias que consumen con las relaciones que establecen entre sus pares? Se iniciará el análisis desde el reconocimiento de la diversidad de posiciones que los jóvenes asumen frente a los consumos de sustancias, legales e ilegales, indagando en qué medida sus consumos se tornan problemáticos y si pueden constituir o no un elemento más de su sociabilidad.

Se presentará en la primera parte del trabajo las concepciones, tanto normativas como paradigmáticas, vigentes para abordar la problemática de consumo. Reflexionar a partir de los abordajes implementados hacia jóvenes que transitan la problemática y centrar el análisis desde una perspectiva que permita problematizar el daño individual y social que el consumo trae aparejado, potencia la enseñanza de que no se trata solo de la sustancia consumida, sino de la relación que los jóvenes mantienen con la sustancia que consumen, considerando al sujeto y no a la sustancia e invirtiendo los modelos vigentes. En segunda instancia se presentará la complejidad de los consumos juveniles actuales, las diferentes aristas y tramas de consumos, situando el análisis en relación a las prácticas juveniles llevadas a cabo entre el grupo de pares, con el fin de analizar las percepciones que tienen los jóvenes sobre los pares con los que interactúan cuando consumen y poder describir –desde sus relatos– qué sentido atribuyen al consumo o cómo es concebido entre sus pares. Y finalmente, en tercer lugar, se caracterizarán las relaciones sociales que se establecen entre los jóvenes en el espacio micro social donde se disputan las percepciones y donde se crean y se instituyen los marcos identificatorios que los jóvenes atribuyen a sus semejantes. Caracterizar las identificaciones entre los jóvenes permite especificar las relaciones sociales con sus pares, reconociendo, a su vez, que un grupo puede estar conformado por algunos jóvenes que consumen y otros que no consumen: "la preocupación se debe orientar hacia las formas de habitar las condiciones de expulsión social" (Duschatsky y Corea, 2002:20). Si concebimos que los relatos de los jóvenes contribuyen a comprender la facticidad –entendida como el "modo particular de estar en el mundo"–, las existen-

1. Fragmento del Trabajo Final de Integración del Taller V de Actualización Teórico-Práctica de la Licenciatura en Trabajo Social de la Universidad Nacional de Moreno. Docentes: Martín Ierullo y Eliana Cesarini.

cias juveniles demandan un lugar reconocido. Al pensar el escenario actual desde la expulsión social que atraviesan los jóvenes que consumen, y concebirla como práctica social, nos aproximamos a apreciar el modo de habitar las condiciones de vida concretas de los jóvenes en el espacio micro social.

Para el estudio que dio origen a este artículo se administraron entrevistas en profundidad y 56 encuestas de escala Likert, que permite establecer si determinadas actitudes hacia el consumo son positivas o negativas. El instrumento se aplicó a jóvenes de ambos sexos de 16 a 18 años durante los meses de Julio y Agosto de 2017 en instituciones educativas de la localidad de Merlo, en el marco de Talleres sobre Consumos Problemáticos realizados por una institución del municipio.²

Gafas que signan la visión de los consumos juveniles

En la actualidad los consumos juveniles se presentan como encrucijadas que demandan la intervención de profesionales. "El uso de drogas se define como una trama compleja de representaciones y prácticas en donde se articulan procesos sociales, económicos, políticos, ideológicos y culturales, y es imposible homogeneizarlo, como si fuera un fenómeno único, atemporal y a histórico" (Touzé, 1996: 102). Dicha trama debe ser comprendida desde diferentes dimensiones, contemplando las distintas modalidades de consumo y el lugar que ocupa en la vida de los jóvenes. La característica por excelencia de nuestra época no es el consumo de sustancias, sino la modalidad de consumo: el lugar que ocupa en la vida de los jóvenes. Esto habilita a distinguir diferentes usos de sustancias: pueden ser experimentales, ocasionales, habituales o dependientes, siempre teniendo en claro que cualquier uso puede tornarse problemático en algún momento.

Presentar los consumos de sustancias como "problemática compleja" no remite a lo difícil de las circunstancias, ni cierra las reflexiones acerca del tópico, sino que abre múltiples dimensiones para su abordaje. Así, la complejidad de los consumos se presenta como un tejido de acciones, interacciones y retroacciones que constituyen el mundo del joven, que se



despliega con los rasgos inquietantes de lo enredado y cuyo escenario el profesional debe contemplar en su integralidad. Pensar el consumo como un todo condicionado que está atravesado por diversos elementos, que no pueden ser estudiados aisladamente, provoca la ruptura con las concepciones dicotómicas y con la creencia de que todos los consumos son iguales y lineales: por ejemplo, la representación acerca de una supuesta "carrera adictiva" que establece que una vez que un joven comenzó a consumir cualquier sustancia, indefectiblemente va a continuar consumiendo otras de forma cada vez más abusiva, convirtiéndose en un "adicto compulsivo". Esta es una concepción que oculta la heterogeneidad de las prácticas de consumo y lleva a los profesionales a seguir reproduciendo lógicas abstencionistas que ponen el foco de la cuestión en el consumo, el uso y el abuso de toda sustancia, y no observan las particularidades de los consumos. Para que el consumo resulte problemático debe afectar negativamente, en forma ocasional o crónica, a una o más áreas vitales de la persona, su salud física o mental, o sus relaciones sociales o con la ley.

2. El diseño de los instrumentos contempló la omisión intencional sobre la procedencia de las sustancias que se consumen, con el objetivo de poder percibir cómo son significados y representados por los jóvenes. En todos los casos se aplicó el consentimiento informado, asegurando el anonimato y la confidencialidad, y se apeló a iniciales ficticias para diferenciar los relatos.



¿Hasta qué punto los profesionales pueden plasmar la complejidad de la problemática en estrategias de intervención?, ¿Cómo pueden fundar esas estrategias desde una apertura epistémica? El paradigma de reducción de daños (Touzé, 2006) busca instituir abordajes más integrales que promuevan una estrategia de restitución de derechos y oportunidades, y lleva implícito un proceso educativo basado en los derechos humanos fundamentales. Su finalidad mínima es hacer que las condiciones de las personas no empeoren, por lo cual la abstinencia no es el fin último. La mirada integral que se presenta desde este paradigma percibe nuevas razones para abordar los consumos, observando las diferentes tramas que hacen a la práctica juvenil y otorgándole a la palabra del joven un lugar central, problematizando los abordajes actualmente existentes, reconociendo las particularidades de cada situación –evitando las intervenciones estáticas o lineales–, pensando la relación que mantienen los jóvenes con el consumo desde otras lógicas que no se centren en la “adicción” y que consideren la integralidad de las

prácticas, desplegando en su máxima expresión el trabajo interdisciplinar e intersectorial para minimizar el padecimiento, y analizando las interrelaciones y nudos ocultos existentes entre las dimensiones latentes a la hora de pensar las posibles líneas de acción en conjunto y en cada singularidad.

Los dispositivos desplegados (Salazar Villalba, 1999) constituyen a los jóvenes en sujetos –son constructores de subjetividad– y a su vez inscriben en sus cuerpos un modo y una forma de ser particular. Deben garantizar que los jóvenes, ante la llegada al equipo, a la institución o a determinado referente, se sientan alojados y quieran volver. A modo de ejercicio, si se proyectara una estrategia donde se asumiera que los jóvenes podrían tener durante buena parte de su vida algún tipo de contacto con diferentes sustancias, el horizonte de la intervención fundaría abordajes mayormente preventivos y una constante labor de promoción del conocimiento sobre aspectos relacionados con las prácticas de consumo, los jóvenes y su medio, intentando minimizar los efectos no deseados del consumo. Así lo planteó una referente social entrevistada en Agosto de 2017: “¿Se puede pensar el consumo actual como un posible elemento más de la sociabilización juvenil? Eso permitiría a los profesionales comprenderlo desde las particularidades en que se presenta”.

Laberintos

Durante el trabajo de campo se pudo evidenciar un consumo diverso entre los jóvenes. Se distinguieron en la muestra los jóvenes que mantenían prácticas de consumo y los que no lo hacían al momento de la investigación pero expresaron haberlo hecho con anterioridad. Quienes consumen con frecuencia enuncian que el consumo simboliza los encuentros con su grupo y es asociado a la diversión. Y si bien la mayoría percibe al consumo como una conducta voluntaria, algunos jóvenes que ya no consumen sostienen que “para formar parte del grupo tenés que consumir”, o “tus amigos piensan que sino consumís sos un aparato”. Si bien no es fundante de un grupo de pertenencia el consumo, y tampoco existe una percepción negativa de quienes no consumen, muchos entrevistados presentaron al consumo como sinónimo de libertad y de autonomía, como valentía y confianza, que son potenciados por la pertenencia al grupo y la amistad. Tal como lo expresó un joven entrevistado: “Si consumen es porque buscan sentirse libres. Hacen cosas que en su casa no pueden hacer”. Pensar el consumo como recreativo corre el centro de atención del tipo de sustancia

que se consume e implica el involucramiento de los profesionales desde una esfera más cotidiana, donde sean reconocidos por los jóvenes como un posible referente que acompaña y no como a alguien a quien rendirle cuenta y posteriormente sea considerado como una amenaza.

Otra cuestión que surgió en el trabajo de campo y en diferentes talleres fue la elevada desinformación sobre las sustancias legales o ilegales. Algunos jóvenes consideran que las sustancias ilegales son más perjudiciales para la salud que las legales, y otros opinan que esto debe ser estudiado, considerando que hay muchas cosas que se desconocen de las sustancias legales. El debate acerca de su procedencia quita el foco sobre los perjuicios que éstas pueden acarrear: ambas actúan sobre el sistema nervioso, provocando alteraciones físicas o psicológicas, generan nuevas sensaciones, pueden cambiar el comportamiento de una persona y también generar dependencia. Si tenemos en cuenta que en una sola noche el consumo se puede volver problemático, el problema no es solamente la trayectoria de consumo que puede mantener un joven o una joven, sino también la intensidad de ese consumo cada vez que ocurre. Pero la caracterización que los jóvenes pudieron hacer está determinada mayormente por la procedencia de la sustancia que se consume. Explorar si los jóvenes comprenden la dimensión de ciertos consumos constituye un significativo punto de partida para pensar estrategias de intervención, entendiendo que los parámetros de normalidad frente a los que actúan pueden verse diferenciados según la trayectoria de consumo de cada joven o de su grupo. Sin embargo, las representaciones sociales predominantes no priorizan esos perjuicios y sí caracterizan a los jóvenes que consumen sustancias ilegales como potencialmente peligrosos y violentos, asociados a patrones de consumo con escasos lazos sociales e institucionales, y también son mucho más tolerantes con los de niveles socioeconómicos más altos, en tanto su consumo suele realizarse en espacios privados. Los procesos de estigmatización que generan estas representaciones son utilizados con frecuencia para buscar legitimar el control social hacia los jóvenes. El desafío para los profesionales que intervienen es descartar estos criterios y centrarse en las particularidades de la historia personal de cada joven –y no solamente la trayectoria de sus consumos–, porque “su constitución subjetiva actual representa la síntesis subjetivada de su historia personal” (González Rey, 2002: 37).

El consumo de los jóvenes no suele realizarse aisladamente, sino con un grupo de amigos. Es decir que durante la experiencia de consumo comparten el contexto de consumo, las relaciones personales y la vivencia

acerca de lo que implican los consumos en sí mismos. Esas experiencias compartidas derivan en un conjunto de significados que se integran en la subjetividad de los jóvenes y que son de valor para orientar las experiencias individuales. Por eso debemos poder ampliar la mirada en torno a lo que ocurre en los espacios de encuentro, sin negar u olvidar las líneas de sentido que ellos mismos les asignan. En el trabajo de campo realizado se observó que muchos jóvenes comparten espacios y encuentros indistintamente de si todos consumen o no lo hacen, irrumpiendo con la creencia que asume una división estricta de grupos de jóvenes: los que consumen por un lado y por el otro lado los que no consumen. Los contextos de consumo funcionan como espacios de reivindicación de las prácticas juveniles. Según los relatos de los propios jóvenes, dichos contextos muchas veces se constituyen como soportes materiales, simbólicos y afectivos que participan y acompañan la construcción de relaciones sociales. Dependiendo la edad de los jóvenes, por un lado se consume para divertirse, y por otro lado para la búsqueda de placer y del reconocimiento de los pares. Si bien el consumo podría considerarse como productor de sociabilidad y facilitador de encuentros, también la realidad muestra la existencia mayoritaria de grupos donde interactúan jóvenes que consumen con otros que no. Muchos jóvenes comparten cotidianamente más de un espacio, y sus grupos se convierten en lugares significantes a partir del sentido conferido por las interacciones físicas, afectivas y simbólicas de quienes los frecuentan. Concentrar la preocupación en las formas de vivir las condiciones de expulsión social que atraviesan los jóvenes al consumir suscita una práctica superadora para indagar las experiencias de vida de los jóvenes vinculadas al consumo (Duschatzky y Corea, 2002). La estrategia podría basarse en preguntar a los jóvenes acerca de lo que piensan del consumo, de modo abierto, sin prejuicios ni sentencias, y así se apuntaría a contribuir a la explicación sobre su propio consumo.

Poder identificar los puntos de fuga que emergen de las prácticas de consumo juveniles en un contexto específico da lugar a comprender las relaciones sociales que construyen los jóvenes. Relaciones que se encuentran atravesadas por la identificación con sus pares, por los significantes y por el lugar que le atribuyen como plenos sujetos en acción, conformando un determinado grupo en referencia a los miembros y a la correspondencia mutua con la que interactúan en el espacio. Todas estas dimensiones entran en juego y se deben considerar, porque si nos detenemos a analizar aisladamente los diferentes espacios en los que transitan, segmentando las prácticas, la distinción resultaría incompleta.

El trabajo de campo permitió verificar la fuerte impronta del reconocimiento del otro: todos los jóvenes se reconocían entre sí, podían referenciar algo de sus pares, en un principio de manera irónica, como suele pasar con los jóvenes ante la presencia de personas ajenas, y luego en un clima más distendido y ameno, se pudo advertir cómo caracterizan a sus pares y se involucran a la hora de relacionarse con esos otros con quienes conviven cotidianamente. Los relatos juveniles demandan el reconocimiento de sus más íntimas transparencias y presentan las relaciones sociales como soportes para confrontar la realidad en la que están inmersos.

Para seguir reflexionando

Si consideramos que actualmente los consumos son dinámicos y se presentan incluso de formas inadvertidas, no podemos obviar pensar en las prácticas de los jóvenes. Las diferentes dimensiones que conforman la trama compleja de los consumos se presentan como laberintos que el profesional debe intentar aprehender de manera integral.

Los mensajes que reproducen los medios masivos de comunicación no deben ser obstáculos para que los jóvenes comprendan las implicancias de los consumos, cualquiera sea la procedencia de la sustancia. Un camino factible es seguir profundizando esto, para que puedan identificar cuándo el consumo se vuelve problemático, sea su propio consumo o el de su grupo. Ello podría morigerar la marginalización y la estigmatización de la que son objeto, en especial los jóvenes de determinados estratos sociales.

La presencia de relaciones sociales horizontales que se entretajan en el espacio microsocial donde los jóvenes trasvasan los límites desafía a observar desde otras gafas (normativas y conceptuales) que fortalezcan la subjetividad culturizada de los jóvenes, en la búsqueda de habilitar al joven como único protagonista de su realidad, rompiendo con las lógicas estáticas y lineales.

Las voces de los jóvenes muchas veces están ocultas o son silenciadas y no son tenidas en cuenta por algunos profesionales, lo que impide comprender cómo se relacionan en el contexto de consumo. Los relatos de los jóvenes deberían ser protagonistas de toda intervención, con una participación activa a lo largo del proceso, evitando que se atemoricen, se sientan intimidados o teman quedar al descubierto cuando deben relatar sus íntimas trayectorias de consumo a los diferentes profesionales que intervienen, y más aún cuando ese consumo se torna problemático.

Es imperioso que los profesionales dejen las instituciones abroqueladas y estandarizadas, y vayan al encuentro de los jóvenes. Las prácticas de consumo vigentes dan cuenta de la necesidad de que los profesionales se capaciten en forma continua, de que encaren la ardua tarea de deconstrucción en pos de alojar a los jóvenes desde sus necesidades sentidas, no desde lo esperable o desde lo que el dispositivo facilita.

Los relatos juveniles muestran las apreciaciones que los jóvenes tienen de sus pares y se confrontan con las discrepancias que distinguen en relación a la práctica de consumo en sí. Oírlos dialogar de sus pares sin discriminar ni arbitrar, desde lo bueno y lo malo, permite acceder a un lugar desconocido, y así compartir y debatir sobre creencias y dichos de los adultos. Sus relatos significan y dan cuenta de un saber-entender que no siempre es potenciado y hasta muchas veces resulta ignorado por la falta de proximidad. Es necesario revertir esto yendo al encuentro con el joven en forma permanente, construyendo en ese ida y vuelta intervenciones más dinámicas y procesuales. Depende de los profesionales la posibilidad de albergar las existencias juveniles.

Bibliografía

- Carballeda A (2015): "El territorio como relato. Una aproximación conceptual". *Margen*, 76.
- Chávez M (2009): "Investigaciones sobre juventudes en la Argentina: estado del arte en ciencias sociales 1983-2006". *Papeles de trabajo*, 5.
- Duschatzky S y C Corea (2002): *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. UEPC7FLACSO/UNICEF.
- Galante A, D Rossi, P Goltzman y MP Pawlowicz (2009): "Programa de Reducción de Daños en el Escenario Actual. Un cambio de perspectiva". *Escenarios*, 14.
- González Rey FL (2002): "La subjetividad: su significación para la ciencia psicológica". En *Por una epistemología da subjetividade*, Sao Paulo, Casa do Psicólogo.
- Touzé G (2006): *Saberes y prácticas sobre drogas: el caso de la pasta base de cocaína*. Buenos Aires, Intercambios.
- Touzé G (1996): "La construcción social del problema droga". En *La investigación en toxicomanía. Estado y perspectivas*. Medellín, FIUC-GRITO-FUNLAM.